



Margarita Occhiena, madre de la Congregación Salesiana

Las virtudes de la madre explican las virtudes del hijo.

Esta frase de don Lemoyne en el primer tomo de las Memorias Biográficas, resumen claramente la intención de este pequeño librito, que quiere ser una breve introducción a la vida de esta campesina piamontesa de finales del s.XVIII y primera mitad del XIX. La santidad de su hijo no es más que el reflejo de su santidad.

Ella es Margarita Occhiena, la conocida madre de San Juan Bosco. Su nombre es altamente conocido en el entorno salesiano. Sin embargo, su historia padece hoy de una leve mitificación languidecida por su desconocimiento.

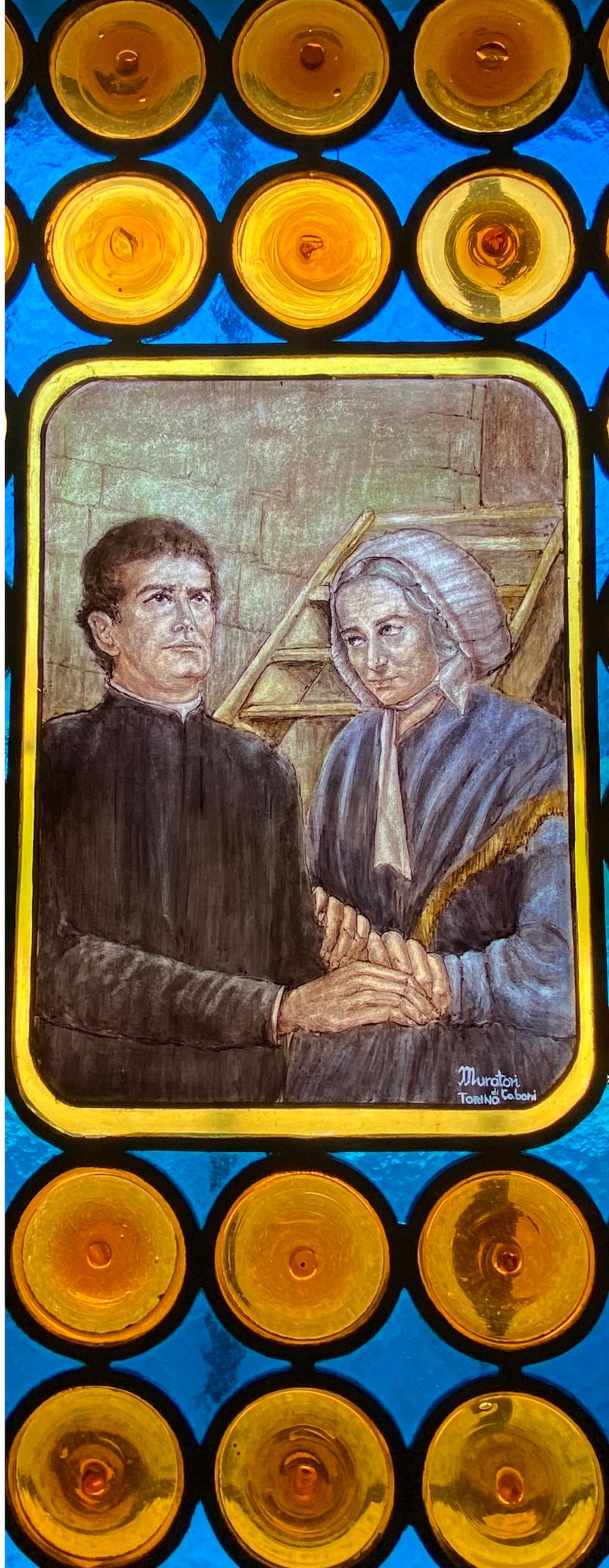
Esta madre luchadora, que impulsó a su familia a un futuro mejor, fue punto de apoyo fundamental para su hijo pequeño, y es hoy pilar imprescindible para el carisma salesiano.

La fidelidad de la fuente histórica

Por lo que se refiere a mamá Margarita, hemos de hacer constar que quien esto escribe supo de boca del mismo don Bosco cuanto aquí se dice, ya que tuvo la fortuna de disfrutar diariamente, todas las tardes, de familiares coloquios con él, durante más de seis años; y, aunque rarísimamente volvíamos a hablar de cosas ya dichas, sin embargo, si le preguntaba alguna vez algo que ya me había referido años atrás y que yo había escrito con toda fidelidad, me llamaba la atención el ver que me repetía las mismas cosas de su madre, hasta con las mismas palabras y con tal exactitud como si las leyera en un libro.

(MB I, 113)

La fuente principal de la historia que nos narra las Memorias Biográficas es el propio don Bosco. Don Lemoyne recoge como él mismo dice con toda *fidelidad* las palabras del santo.



Una joven campesina piamontesa

En la septentrional provincia italiana de Asti, en un pueblo llamado Capriglio, nació el 1 de abril de 1788, Margarita Occhiena, hija de Melchor Occhiena y Dominga Bossone. Fue bautizada el mismo día. Era la tercera de cinco hermanos.

La llegada al poder de Carlos Manuel IV, en cuyo territorio se encontraba el Piamonte, tuvo repercusiones en la región, por su enfrentamiento con los franceses. En este contexto se enmarca la primera de las historias narradas en las Memorias:

Contaba nueve años cuando un día del mes de julio de 1797 se oían las campanas de Asti y Chieri que tocaban a rebato por largo tiempo. Emisarios franceses y sectarios piamonteses, protegidos por el embajador de Francia en Turín, habían levantado a la hez del populacho en rebelión contra el legítimo rey Carlos Manuel IV, proclamando la república.

Pero los aldeanos corrían en ayuda de las tropas reales. En Chieri, treinta de los revoltosos fueron pasados en seguida por las armas y otros nueve fueron condenados a la pena capital. En Asti, se ejecutaron catorce sentencias de muerte.

(MB I, 30)

Entre los demás episodios que se cuentan de su adolescencia encontramos el encuentro con un hombre de gran altura que captaba la atención de los lugareños. Ante la mirada de Margarita el corpulento hombre se quejó y la cogió del brazo exigiéndole que le explicase el porqué de su mirada. La jocosa respuesta de la joven sorprendió a todos: *Por lo mismo que un perro mira pasmado a un obispo; y si te puede mirar un perro, con mayor razón puedo hacerlo yo, que al fin y al cabo soy más que un perro.*



La pérdida de Carlos Manuel del territorio del Piamonte a finales de siglo encuadran el episodio que le ocurrió a Margarita con unos soldados del ejército astro-ruso que intentaban tomar de nuevo el territorio perdido en apoyo del rey.

Con once años, en septiembre de 1799, la cosecha de su familia peligraba ante la llegada de un escuadrón cuyos caballos se alimentaban libremente del maíz. La joven, que vigilaba el campo, se encaró a los soldados, que solo respondían *Ya, ya* a sus palabras. Nerviosa porque estaban acabando con su trabajo de todo el año, arreó con su horca a los caballos que escaparon y tras ellos sus amos.

Francesco Bosco, un esposo inesperado.

Francesco Bosco era el aparcerero de I Becchi que había quedado viudo tras la muerte de su mujer Margarita había fallecido en el parto y a los pocos días su hija Teresa. Tenía a su cargo a su madre y a su hijo Antonio.

El joven, de 27 años, frecuentaba Capriglio, y pidió la mano de Margarita a su padre. A pesar de que no quería alejarse de su familia y con alguna dificultad, ella aceptó el consejo de su padre. Ambos se casaron el 6 de junio de 1812 en la parroquia de Capriglio. Él tenía 28 años y ella 24. Marchó con él a Morialdo donde fue para Antonio como una madre y cuidó de su suegra Margarita con gran afecto de hija.

El primer hijo del matrimonio, José, llegó el 8 de abril de 1813. Dos años y medio más tarde, el 16 de agosto de 1815, el segundo y último hijo, Juan Melchor Bosco. Bautizado al día siguiente en Castelnuovo por don José Festa. Sus padrinos fueron Melchor Occhiena y Magdalena Bosco.

La muerte de Francesco el 11 de mayo de 1817 la dejó al frente de su familia. Las últimas palabras del difunto fueron: *Mira qué gran gracia me concede el Señor. Quiere que vaya a Él hoy, viernes, día que recuerda la muerte de nuestro divino Redentor, y precisamente a la misma hora en que Él murió en la cruz, cuando tengo la misma edad que Él en su vida mortal.* Es la primera imagen de la infancia que Juan Bosco narra en las Memorias del Oratorio



Sólo recuerdo, y es el primer hecho de la vida del que guardo memoria, que todos salían de la habitación del difunto, en tanto que yo quería permanecer en ella a toda costa.

- *Ven, Juan, ven conmigo, repetía mi afligida madre.*
- *Si no viene papá, no quiero ir, respondí yo.*
- *Pobre hijo, añadió mi madre, ven conmigo, tú ya no tienes padre.*

Dicho esto, rompió a llorar. Me cogió de la mano y me llevó a otra parte, mientras lloraba al verla llorar. Ciertamente, con aquella edad no podía comprender la gran desgracia que significaba la pérdida de un padre.

La carestía

en el Piamonte

Desde 1816 el Piamonte sucumbió a un estado de pobreza considerable debido a sequías y heladas, enfermedades y otro tipo de situaciones que llevaron a la familia Bosco al estado de miseria. Por ello, Margarita tuvo que llamar a las puertas de sus vecinos para obtener algo de comida, pero no encontró ayuda. La siguiente escena narra la fe de Margarita en Dios:

Reunió entonces a la familia y habló en estos términos:

- *Mi marido me recomendó en punto de muerte que tuviera siempre gran confianza en Dios. Vamos, pues; pongámonos de rodillas y recemos.*

Después de una breve oración se levantó y dijo:

- *En casos extremos hay que echar mano de medios extremos.*

Con la ayuda del vecino entró en el establo, mató un ternero y cocinando a prisa una parte, calmó el hambre de la extenuada familia. Para los días siguientes se provuyó de legumbres que logró hacer llegar a precios carísimos de pueblos lejanos.

(MB I, 48)

A estas penurias se añadió el 22 de marzo de 1818 la muerte de su madre Dominga. Sin embargo, Margarita nunca desistió en su esfuerzo ni sucumbió a las distintas propuestas de matrimonio que le hicieron: *Dios me dio un marido y me lo quitó; al morir él me confió tres hijos y yo sería una madre cruel si los abandonara en el momento en que más necesitan de mí.* (MB I, 49)



El amor a Dios, a Jesucristo, a María Santísima, el horror al pecado, el temor de los castigos eternos, la esperanza del paraíso, no se aprenden mejor, no se imprimen tan profundamente en el corazón como cuando se aprenden de labios de una madre.

Con estas palabras don Lemoyne hace hincapié en la importancia que tuvo Margarita en la vida de fe de sus hijos, sobre todo en Juan. La presencia de Dios constante fue inculcada en sus hijos a través de la frase: "Dios te ve".

Siempre les hablaba de Dios como Creador ante las maravillas de la naturaleza que tenían constantemente ante sus ojos.

Además, ella enseñó a rezar a sus hijos cada día y preparó a Juan a la primera confesión: *los acompañó a la iglesia, comenzó confesándose ella misma, los recomendó al confesor y, después, los ayudó a dar gracias (MB I,55).*





La vara del rincón

La infancia de Juan Bosco transcurre con normalidad. Entre otras cosas las responsabilidades se alternaban con la diversión con los amigos. Debido a ello Juanito en alguna ocasión venía herido, quizás por algún golpe al jugar, o por alguna trastada era curado y asistido por el cariñoso y dulce cuidado de su madre.

Su bondad no era permisiva, sino que en ocasiones no escatimaba en recordar a sus hijos la existencia de una vara en el rincón de la habitación que jamás usó. Las memorias relatan una historia que demuestra la pedagogía usada por Margarita en este sentido

Tenía Juan solamente cuatro años, cuando al regresar un día del campo con su hermano José, muertos ambos de sed, pues era durante los calores del verano, la madre sacó agua y la ofreció en primer lugar a José. Juan creyó ver en aquel gesto una preferencia; cuando su madre se le acercó con el agua, él, un tanto puntilloso, hizo como que no la quería. La madre, sin decir palabra, se llevó el agua y la dejó en su sitio. Juan permaneció un momento de aquel modo, y luego, tímidamente, dijo:

- ¡Mamá!
- ¿Qué?
- ¿No me da agua también a mí?
- ¡Creía que no tenías sed!
- ¡Perdón, mamá!
- ¡Así está bien!

Fue por el agua y sonriendo se la dio. En otra ocasión, Juan se había dejado llevar por cierto ímpetu o impaciencia propia de su edad y de su temperamento fogoso. Margarita le llamó. Corrió el niño.

- *Juan, ¿ves aquella vara? - y le señalaba la vara apoyada contra la pared en el rincón de la habitación.*
- *Sí, la veo - respondió el niño, echándose hacia atrás, avergonzado.*
- *Tómala y tráemela.*
- *¿Qué quiere hacer con ella?*
- *Tráemela y lo verás.*

Juan fue a buscar la vara y se la entregó diciendo:

- *¡Ah, usted la quiere para medirme las espaldas!*
- *¿Y por qué no, si tú me haces estas travesuras?*
- *¡Mamá, no las volveré a hacer! -Y el hijo sonreía ante la sonrisa inalterable de su buena madre. Aquello era suficiente para andar atento otra vez. Pero Juan habría aceptado el castigo, aunque su madre, conforme con su obediencia y docilidad, no le hubiera perdonado.*

“

**“Mira, hijo mío,
nuestra vida es tan
corta que tenemos
poco tiempo para
hacer el bien”.**

PALABRAS DE MARGARITA A JUANITO.

”